

EL ORDENADOR DE LA SALUD

De acuerdo con el consejo del médico me compré un ordenador portátil de diagnóstico. Bastaba con conectarse a él y apretar unos botones para que del ordenador saliera un papelito con la valoración actual de mi estado de salud y de mi potencial existencial.

Me llevé el ordenador a casa, lo conecté y apreté los botones. Del ordenador salió un papelito: «¿Qué hace ese payaso todavía ahí?»

Adiviné que se trataba de mí, pero no me gustó la forma en que se me dirigía. Llevé el ordenador a la tienda.

-¿No tiene otro mejor educado que éste? pregunté al vendedor.

-No se sorprenda, es un instrumento muy sensible. No es de extrañar que en casos desesperados reaccione sobrecargando la red.

-Es igual, no me gusta que me ofendan. ¿No puede ajustarlo un poco?

Pero lo único que conseguí fue que el ordenador se volviese irónico.

El siguiente papelito con el diagnóstico decía: «¿Aún estás vivo?»

-Pedí que lo ajustaran-volví a reclamar en la tienda.

-Más ya no se puede-declaró el vendedor-. Apreté el tornillo hasta el tope.

-¿Y si se le da con un martillo...?

-Lo intentaré.

-¿A mí me quieres dar con un martillo, cadáver? - me espetó el ordenador.

Tiré el ordenador y me compré un espejo. Barato y fácil de manejar, siempre dirá si estoy sonrosado o pálido. Y sobre todo no insulta.